

ANTROPOLOGÍAS HECHAS EN LA ARGENTINA

ROSANA GUBER Y LÍA FERRERO

(EDITORAS)

VOLUMEN II



ASOCIACIÓN LATINOAMERICANA DE ANTROPOLOGÍA

Rosana Guber y Lía Ferrero

Antropologías hechas en la Argentina. Volumen II / Rosana Guber y Lía Ferrero (Editoras);
1ra. Edición en español. Asociación Latinoamericana de Antropología, 2020
682p.; tablas.; gráficos; mapas.

SBN:

978-9915-9333-0-6 OBRA COMPLETA

978-9915-9333-1-3 Volumen II

Hecho el depósito legal que marca el Decreto 460 de 1995

Catalogación en la fuente – Asociación Latinoamericana de Antropología

© Asociación Latinoamericana de Antropología, 2020

© Rosana Guber y Lía Ferrero (Editoras), 2020

1era Edición, 2020

Asociación Latinoamericana de Antropología

Diseño de la Serie: Editorial Universidad del Cauca

Fotografía de portada: © Comité Internacional de la Cruz Roja

Cementerio Argentino de Darwin, Isla Soledad, archipiélago Malvinas
en el Atlántico Sur. 20 de junio de 2017.

Diagramación: José Gregorio Vásquez C.

Diseño de carátula: José Gregorio Vásquez C.

Editor general de la Colección: Eduardo Restrepo

Copy Left: los contenidos de este libro pueden ser reproducidos en todo o en parte, siempre
y cuando se cite la fuente y se haga con fines académicos y no comerciales.

Edición 2020

Contenido

5. Una nación sin indios... pero con aborígenes y pueblos originarios

Presentación, palabras clave y lecturas recomendadas	15
Construcciones de aboriginalidad en Argentina CLAUDIA BRIONES	17
Etnología y Nación: facetas del concepto de araucanización AXEL LAZZARI Y DIANA LENTON	53
“Hasta el río cambió de color”: impacto social y relocalización de población en Casa de Piedra (provincia de Río Negro) JUAN CARLOS RADOVICH Y ALEJANDRO O. BALAZOTE	77
La eficacia ritual de las performances en y desde los cuerpos SILVIA CITRO	95
Maternidad, trabajo y poder: cambios generacionales en las mujeres guaraníes del norte argentino SILVIA HIRSCH	121
Rituales de iniciación y relaciones con la naturaleza entre los Mbya-guarani MARILYN CEBOLLA BADIE	145
Cuando humanos y no-humanos componen el pasado: ontohistoria en el Chaco CELESTE MEDRANO Y FLORENCIA TOLA	173

6. Una nación de inmigrantes ... forzados y libres, deseados e imaginados

Presentación, palabras clave y lecturas recomendadas	201
Lo afro y lo indígena en Argentina: aportes desde la antropología social al análisis de las formas de la visibilidad en el nuevo milenio LILIANA TAMAGNO Y MARTA MAFFIA	203
Migraciones e integración en la región de la Triple Frontera: Argentina, Brasil y Paraguay ROBERTO ABÍNZANO	225
Migraciones, trabajo y corporalidad: bolivianos y nativos en el trabajo rural y el servicio doméstico en Jujuy GABRIELA KARASIK	265
Nacidos, criados, llegados: relaciones de clase y geometrías socioespaciales en la migración neorrural de la Argentina contemporánea JULIETA QUIRÓS	285

7. ¿Quiénes producen en la Argentina ... no sólo en la Pampa húmeda?

Presentación, palabras clave y lecturas recomendadas	309
Canibalismo y sacrificio en las dulces tierras del azúcar ALEJANDRO ISLA	311
Los viajes de intercambio y las ferias: relatos y vigencia del trueque en la Puna jujeña (Argentina) LILIANA BERGESIO Y NATIVIDAD GONZÁLEZ	347
Porto-Capivara: los ocupantes agrícolas de la frontera argentino-brasileña (Misiones, Argentina) GABRIELA SCHIAVONI	377
Cambio agrario y reconfiguración de las relaciones sociales en la provincia de Formosa SERGIO O. SAPKUS	397
Rupturas y continuidades en la gestión del desarrollo rural: consideraciones acerca del rol del Estado (1991-2011) MARIO LATTUADA, MARÍA ELENA NOGUEIRA Y MARCOS URCOLA	415

Morfología del fenómeno cartonero en Buenos Aires PABLO J. SCHAMBER	443
--	-----

8. Los actores políticos en la crisis permanente

Presentación, palabras clave y lecturas recomendadas	465
--	-----

Frasquito de anchoas, diez mil kilómetros de desierto ... y después conversamos: etnografía de una traición MAURICIO BOIVIN, ANA ROSATO Y FERNANDO BALBI	467
--	-----

Un barrio, diferentes grupos. Acerca de dinámicas políticas locales en el distrito de La Matanza VIRGINIA MANZANO	499
---	-----

La política indígena en Salta: límites, contexto etnopolítico y luchas recientes CATALINA BULIUBASICH	523
--	-----

Liderazgos guaraníes: breve revisión histórica y nuevas notas sobre la cuestión ANA MARÍA GOROSITO KRAMER	537
---	-----

Experiencias de descenso social, percepción de fronteras sociales e identidad de clase media en la Argentina post-crisis SERGIO VISACOVSKY	555
--	-----

9. Legados de los setenta: identidades, fragmentos y memorias

Presentación, palabras clave y lecturas recomendadas	589
--	-----

Las víctimas del terrorismo de Estado y la gestión del pasado reciente en la Argentina VIRGINIA VECCHIOLI	591
---	-----

Estado y nación en las narrativas de espíritus desaparecidos durante la dictadura militar en Argentina, 1976-1983 GUSTAVO LUDUEÑA	613
---	-----

“Lo que merece ser recordado...” Conflictos y tensiones en torno a los proyectos públicos sobre los usos del pasado en los sitios de memoria LUDMILA CATELA DA SILVA	643
---	-----

Migraciones, trabajo y corporalidad: bolivianos y nativos en el trabajo rural y el servicio doméstico en Jujuy¹

GABRIELA KARASIK²

Introducción

En este trabajo examinamos los procesos de convergencia de migrantes bolivianos y jujeños en ciertas inserciones económicas y sociales en el marco de una aproximación más amplia a los procesos de formación de clase y etnicidad en Jujuy, en la frontera norte argentino-boliviana.

1 Publicación original: Karasik, Gabriela. 2013. "Migraciones, trabajo y corporalidad. Bolivianos y nativos en el trabajo rural y el servicio doméstico en Jujuy". Gabriela Karasik (comp.) *Migraciones internacionales. Reflexiones y estudios sobre la movilidad territorial contemporánea*. pp. 231-237. Buenos Aires: Ediciones CICCUS. Agradecemos a la autora su autorización a republicar este capítulo de su propia compilación.

Siendo ella misma una migrante interna procedente de Buenos Aires, este artículo se inserta en una línea de investigaciones de Karasik sobre las formaciones de clase y la etnicidad en la provincia de Jujuy (Noroeste de la Argentina), a saber, las migraciones de nativos y de extranjeros. Fue escrito para ser discutido en el segundo seminario de IAMIC, una red de investigadores e investigadoras argentinos/as sobre migraciones internacionales, campo de estudio de creciente importancia en la Argentina desde los años noventa. En ese período una serie de acontecimientos y procesos recortaron y expusieron socialmente al colectivo migrante en el país, tanto por la reglamentación de la Ley de Migraciones N°. 25871, como por conflictos sociales y laborales en los que fueron selectivamente visibilizados. El análisis de la tríada migraciones-trabajo-corporalidad en Jujuy, una provincia de frontera, le permitió a la autora dar cuenta de la insuficiencia o inadecuación para ciertos fines analíticos, del recorte en tanto "extranjeros" de los bolivianos/as, privilegiando una aproximación a las formaciones de clase y etnicidad conformadas sobre convergencias sociales y económicas de extranjeros y nativos en ciertos espacios sociales. Complementar con secciones 2 (A. Lorandi), 3 (H. Andreani), 5 (C. Briones, S. Citro), 7 (L. Bergesio y N. González) y 12 (L. Bugallo y J. Tomasi).

2 Investigadora Adjunta CONICET/ CISOR / Universidad Nacional de Jujuy. Profesora Titular Ordinaria – Facultad de Humanidades y Cs. Sociales, UNJu. Cátedra Sociedades Campesinas

La puesta en foco del trabajo rural y el servicio doméstico como actividades “características de migrantes” de Bolivia y del extremo norte de esta provincia permitirá desestabilizar algunos supuestos sobre las características de aislamiento y diferencia sociocultural radical de la población boliviana en Jujuy y en la Argentina. Este abordaje permitirá aportar elementos para comprender tanto la inserción de los bolivianos en la sociedad jujeña como el grado en que su estigmatización implica clivajes no sólo étnicos, sino también de clase, que incluyen en forma solapada a segmentos de la población jujeña y argentina en general.

La consideración de los procesos de convergencia laboral y social en poblaciones de origen colla, guaraní, bolivianos andinos, y chaqueños y criollos del noroeste argentino en actividades laborales de carácter manual permitirá una aproximación a las categorizaciones estigmatizantes y los mecanismos de etnorracialización y jerarquización de la fuerza de trabajo. Esta requiere la inscripción del análisis de las migraciones, las clasificaciones etnoraciales y las formaciones de corporalidad en la economía política del espacio y las relaciones orgánicas entre regiones empobrecidas y movimientos de población en la región. Frente al engañoso carácter natural de la asociación cuerpo-lugar, se enfatizará el carácter sociohistóricamente construido de la corporalidad, señalando su relación con procesos de reconocimiento-desconocimiento de trayectorias sociogeográficas de incorporación y “linajes” de origen.

Este trabajo se sustenta en investigaciones etnográficas realizadas en Jujuy desde hace muchos años, especial pero no exclusivamente en las tierras altas, las que en los últimos años han estado orientadas a la “revisita” de las migraciones y las formaciones de clase y etnicidad.

Trabajos “de migrantes”: trabajo rural y servicio doméstico

Las estructuras fundantes del mercado de trabajo jujeño se delinearon en el contexto del desarrollo y la expansión del capital agroindustrial azucarero regional desde fines del siglo XIX. Este mercado fue alimentado primero por indígenas del Chaco argentino, y desde la segunda década del siglo XX por campesinos indígenas de la Puna, la Quebrada de Humahuaca y los valles intermontanos de Salta. A ellos se sumaron, especialmente después de la Guerra del Chaco, un gran número de trabajadores nativos de las áreas chaqueña y andina de Bolivia, de los valles intermontanos de Jujuy y de diversas áreas rurales de la provincia (Karasik 2005).

Como en otras regiones, ese proceso se apoyó en sus comienzos en la incorporación de mano de obra aborigen ligada a formas de vida en parte mercantiles, delineando mercados de trabajo con rasgos que pueden caracterizarse como “étnicamente tipificados” (cfr. Rau 2012: 37, 55, 70 y ss.). Los pobladores del extremo norte

de Jujuy y de los valles intermontanos de Salta, así como los guaraníes de la región que alimentaron las primeras migraciones hacia las áreas azucareras a comienzos del siglo XX, han continuado convergiendo en éstos y luego en otros espacios económicos y sociales con los migrantes bolivianos y los de otras zonas del interior provincial. La continuidad de las pautas de inserción subordinada de sus lugares de origen en la economía política del espacio –básicamente como proveedores de mano de obra– constituye un factor central en la asociación de ciertas zonas y poblaciones con algunos segmentos del mercado de trabajo.

La consideración de las políticas migratorias y las categorizaciones etnoracializadas que naturalizan y justifican la inserción de los migrantes en las actividades más inestables, mal pagas y con las peores condiciones de trabajo permiten dar cuenta de algunos rasgos del funcionamiento del mercado de trabajo. Pero la comprensión de las condiciones de vida y trabajo en los destinos migratorios y la lógica de esas categorizaciones se enriquece al mantener en foco su conexión integral con los escenarios más amplios de la geografía de las poblaciones en el capitalismo. El análisis de los procesos de etnificación de las migraciones internacionales o intranacionales no puede perder de vista que uno de sus soportes es la relación orgánica –aunque no por eso lineal– entre regiones empobrecidas y movimientos de población, así como entre incorporación de poblaciones y territorios en la expansión del mercado mundial y clasificaciones etnoraciales (Wolf 2001, Meillasoux 1979, Wallerstein 1979, Quijano 2000).

Como en otros países, Adriana Marshall ha observado en el mercado de trabajo argentino la mayor presencia de migrantes en ciertos segmentos del mercado de trabajo. Ha identificado pautas de “diferenciación funcional” entre migrantes y nativos, que orientan a los primeros a “los puestos no o menos calificados, con peores condiciones de trabajo en lo referente a estabilidad del empleo y percepción de beneficios sociales y con las remuneraciones más bajas”, en actividades en que la incorporación de mano de obra operativa y no calificada a bajo costo aparece como alternativa a la transformación tecnológica. Además, señala que aun luego de establecidos “la más clara diferenciación funcional entre migrantes y nativos reside precisamente en el grado en que ambos se desempeñan en ocupaciones manuales” (Marshall y Orlansky 1982: 122-124). La temporalidad y la precariedad de ciertas posiciones aparecen asociadas con sectores de población socialmente heterogéneos (campesinos semiproletarios, jornaleros rurales, residentes urbanos subocupados en diferentes actividades), a los que sus condiciones de reproducción tanto imponen como permiten la oscilación entre su condición de “reserva” y de trabajadores activos del mercado de trabajo. En este proceso interviene la mayor “disponibilidad” relacionada con la precariedad de su situación –en especial si son migrantes recientes y/o extranjeros– que puede ser realimentada por la eventual inseguridad jurídica y la operación de mecanismos de discriminación étnica o racial.

Debe considerarse que las “lógicas de depredación y secuestro corporal” que Adrián Scribano (2008) asocia con la alienación del trabajo en el capitalismo se exponen bajo sus formas más extremas en relación a las poblaciones migrantes y más aún si son extranjeras. “Se desea el trabajo extranjero, pero no a las personas en quienes está corporizado” dice Kearney. Este autor indica que: “la tarea efectiva de la política inmigratoria es separar el trabajo de la persona jurídico-legal en la que está corporizado; es decir, descorporizar el trabajo del trabajador migrante” (Kearney 1986: 154). El despojo de su estatuto de ciudadanía o la fragilización de su condición social componen lo que Pedreño Cánovas caracterizó como “régimen específico de vulnerabilidad y explotación de la población inmigrante”. Este régimen no sólo opera en las fronteras exteriores del estado nacional, sino hacia el interior del espacio nacional (Pedreño Cánovas 2012).

Junto con la construcción y la industria textil, el trabajo agrícola estacional y el servicio doméstico en la Argentina se encuentran entre aquellas actividades en las que predominan los migrantes internos e internacionales. Igual que la población de Bolivia en la Argentina, una gran parte de la de Jujuy está inserta en la agricultura: un cuarto de la PEA (Población Económicamente Activa) agrícola jujeña está fuera de su provincia. Lo mismo ocurre con el servicio doméstico, ya que es la principal ocupación de las mujeres bolivianas en el país y de las jujeñas fuera de su provincia. En el contexto nacional, la provincia de Jujuy es expulsora neta de población, aunque sin disputar el predominio de provincias como Santiago del Estero o Chaco como proveedoras indiscutidas de mano de obra manual en el país.

Desde muy temprano, el trabajo estacional requerido por la agricultura en la Argentina se apoyó en desplazamientos de población sostenidos en heterogeneidades y desigualdades geográficas y sociales. Las áreas de origen de los migrantes continúan siendo hoy las zonas rurales empobrecidas del Noroeste (con mucho peso del extremo norte de Jujuy), el Noreste, la Patagonia argentina y los países limítrofes, como señaló Reboratti para los setenta, aunque ahora hay más participación de quienes ya abandonaron el campo y residen en poblados y ciudades. Hubo cambios tecno-económicos de gran impacto en el empleo (como en la cosecha de la caña de azúcar o en el algodón), pero siguen siendo importantes los mercados de fuerza de trabajo transitoria en diferentes provincias: tabaco en Jujuy y Salta, caña en Tucumán, citrus en Salta, Jujuy y Tucumán; vid y hortalizas en Cuyo, desflore del maíz híbrido en diversas provincias, arándano en Entre Ríos y Tucumán, además de algodón en Chaco, olivo en La Rioja y Catamarca. Las estimaciones más conservadoras indican la presencia de unos 350.000 trabajadores golondrina en 2001 y medio millón en la actualidad (Reboratti 1986, Bendini *et al.* 2012). En cuanto al servicio doméstico en la Argentina, el componente migratorio interno e internacional en la actividad continúa duplicando al del resto de las asalariadas. Es una importante inserción de las bolivianas en el país, aunque con

menos peso que entre las mujeres de otros países limítrofes y de Perú (Cerrutti 2009: 47), y como se mencionó, es la principal inserción de las jujeñas fuera de su provincia. Pero dentro de Jujuy, donde no es la principal inserción de las mujeres, la presencia más característica, aunque no exclusiva, es la de quienes provienen de familias “del norte” y de Bolivia.

En ambas actividades, la agricultura y el servicio doméstico, se presentan los mayores niveles de trabajo no registrado o en negro en la Argentina. En el sector agropecuario argentino tienen un peso notorio formas de trabajo superadas en otros sectores, bajo condiciones de extrema explotación, menores remuneraciones y malas condiciones de residencia y de trabajo, lo que es especialmente notorio en el Noroeste, Noreste y Cuyo (Rau 2012: 155, Bendini, Radonich y Steimbregger 2012). Desde comienzos de 2011 trascendieron situaciones de “trabajo esclavo” en emplazamientos de megacorporaciones como Nidera o Monsanto y grandes empresarios como Olmedo, en forma directa o a través de empresas contratistas, que pusieron sobre el tapete la situación de los trabajadores del agro y activaron políticas de blanqueo y control de las condiciones laborales. La situación de las trabajadoras en el servicio doméstico es más precaria que la de los trabajadores agrícolas. Sus particulares condiciones de trabajo, asociadas con el carácter de “servicio” para el consumo directo del comprador de la fuerza de trabajo y el desempeño con frecuencia individual en locaciones domésticas obstaculizan el control gubernamental y sindical de las condiciones de trabajo. Como en otras ciudades latinoamericanas en épocas más tempranas, en Jujuy y Salta las relaciones laborales aparecen afectadas por la abundante disponibilidad de mujeres provenientes del medio rural y las dificultades de acceso a otras ocupaciones (cfr. Jelin 1976), pero también por la tradición de pautas de reclutamiento cuasiservil desde las haciendas de altura y las fincas agrícolas (Corbacho y Adet 2002: 93, Karasik 2010a) a prestar “servicios” en las casas urbanas de los patrones. Probablemente sea por esto que en estas provincias tiene más peso la modalidad “sin retiro” (MTEySS 2005: 176) y predominen salarios más bajos y condiciones de trabajo más opresivas que en el resto del país.

La comprensión de las migraciones se fortalece al dar centralidad a la heterogeneidad histórica y geográfica del capitalismo, comprendiendo que las condiciones asociadas con la emigración no deben ser tratadas como secundarias y externas a la formación de las clases trabajadoras, lo que incluye las actuales condiciones de erosión de las economías campesinas y de la vida social rural. Según Meillassoux, es sobre esa heterogeneidad que se fue conformando el “doble mercado de trabajo”, que en su análisis pondría en juego formas de explotación diferenciadas: “la de los trabajadores integrados o estables, que se reproducen íntegramente en el sector capitalista; la de los trabajadores migrantes que sólo se reproducen en él parcialmente” (Meillassoux 1979: 170-174). Este “doble mercado” parece constituirse en la actualidad del mismo modo, aun bajo diferencias menos

tajantes en cuanto a las condiciones de integración. Aunque no es tan frecuente como lo fue décadas atrás la migración de lanzadera con retornos a contextos netamente campesinos, cuando finaliza el trabajo muchos migrantes –tanto de tradición campesina como asalariada– retornan a las localidades rurales de donde han partido porque en ellas es posible sobrevivir, combinando quizás alguna producción agropecuaria de subsistencia con otros medios de vida. El aumento de la residencia urbana de muchos trabajadores agrícolas, ya sea que provengan de localidades argentinas o bolivianas, también da cuenta de otras formas de apartarlos cuando ya no se los necesita, imponiéndoles la necesidad de completar su reproducción con otros ingresos, sean salariales o no salariales. En cualquier caso, el retorno al pago o el desplazamiento hacia otras partes al terminar el trabajo agrícola temporario son también mecanismos de exportación del paro hacia otros espacios. Es claro que en este movimiento los trabajadores desplazados de sus territorios sociales confluyen con otros sectores expropiados que no están afectados por los mismos grados de movilidad espacial.

De linajes y posiciones sociales

¡Estos hijos de carpintero, que se avergüenzan de que su padre sea carpintero! ¡Estos nacidos en América, que se avergüenzan, porque llevan delantal indio, de la madre que los crió...!

José Martí, *Nuestra América*, 1891

La provincia fronteriza de Jujuy está lejos de ser hoy uno de los distritos de asentamiento casi excluyente de los bolivianos en Argentina, como lo fue durante mucho tiempo junto con Salta. Pero es significativo señalar que en la primera década del siglo XXI Jujuy, que tiene menos del 2% de la población del país, ocupa el tercer lugar en importancia luego de la provincia y la ciudad de Buenos Aires. La antigüedad, continuidad y peso de las migraciones bolivianas modernas delinean un escenario que contrasta con el de otros distritos argentinos, teniendo un peso no menor las múltiples relaciones y afinidades enraizadas en la común pertenencia a un territorio surandino desde tiempos muy antiguos y la posterior porosidad de las fronteras poscoloniales (Karasik 2010b, 2011a). En el perfil sociodemográfico de la sociedad regional se mantiene la impronta combinada de la continuidad relativa de las poblaciones autóctonas, la baja importancia de la migración de ultramar, el peso mayoritario de los bolivianos entre los extranjeros y los arribos de argentinos de tradición criolla y trabajadora durante gran parte del siglo XX. Para comprender la importancia de la población boliviana en Jujuy puede señalarse que en algunos momentos del siglo XX representó –como en 1914– el

17% de la población (cuando el 22% de la población de Jujuy era extranjera), y alrededor de un tercio (y aún más en algunos departamentos) de la PEA.

La llamada colectividad boliviana en Jujuy es más heterogénea de lo que comúnmente se supone, mucho más en un distrito donde las cohortes se renuevan continuamente y las recientes coexisten con algunas de hace más de cincuenta años. Pero por encima de esas diferencias pueden identificarse pautas de inserción socioeconómica diferenciales. En este sentido, el principal contraste entre bolivianos y argentinos considerados en forma global se da en la notoria sobrerrepresentación de los primeros en la rama de agricultura desde principios del siglo XX y en términos generales en trabajos manuales, con mayor peso de las calificaciones operativas y no calificadas. La PEA boliviana aparece más concentrada que la argentina en el comercio, la construcción, la industria manufacturera y el servicio doméstico, estando prácticamente ausentes de ramas con filtros más “nacionales” de reclutamiento, como la administración pública y la enseñanza. Tal como lo indican otras fuentes, los censos confirman que las trayectorias económicamente más “exitosas” de este colectivo extranjero se han manifestado en la agricultura y el comercio, y en menor medida en la construcción y la industria manufacturera. Pero estos contrastes globales se disuelven en parte al comparar este contingente con sectores de la población argentina, como los pobladores oriundos del extremo norte de Jujuy.

De lo que no hay duda es que en esta provincia los “bolivianos” no son un grupo más de extranjeros y que la gran mayoría de su población no se “bajó de los barcos”, lo que se supone (erróneamente) como característico de la población argentina. En contraste con otros distritos argentinos donde la presencia boliviana se recorta contra perfiles demográficos y sociales, y patrones socioculturales y hasta fenotípicos contrastantes, en Jujuy los bolivianos configuran una categoría no siempre diferenciable del conjunto más amplio de la población local nativa, en la que los bolivianos andinos y chaqueños, y en especial la población colla y guaraní, constituyen sus principales vertientes.

Pero desde mediados del siglo XX han tenido lugar en Jujuy operaciones de marcación hostil de este colectivo extranjero que se sumaron a las categorizaciones estigmatizantes de la población nativa. Allí comenzaron a cobrar cuerpo formaciones ideológico-culturales en las que se combinaron antagonismos de clase con clivajes étnicos, caracterizados por la inclusión solapada de la población nativa autóctona bajo la etiqueta extranjera. Desde la década del cuarenta cobraron fuerza algunos elementos de hostilidad antiboliviana en la provincia, enmarcados en las transformaciones políticas, económicas y sociales del período, también presentes en el resto del país bajo los planteos de invasión y el temor y rechazo al cabecita negra experimentados por ciertos grupos sociales (cfr. Ratier 1971a, 1971b). En desmedro de la presencia real de la población autóctona, estas

representaciones de clase frente a sectores subalternos en avance se presentaron más como hostilidad antiboliviana que anticolla o antiguaraní. La afirmación de los derechos laborales y la ampliación de ciudadanía de los nativos se ligó con los componentes contradictorios de la nacionalidad, especialmente a través de la legitimación de la regulación de la migración de extranjeros “para evitar la competencia ocupacional con los argentinos” (cfr. Karasik 2005: 107 y ss.). Cuando en los noventa se comenzó a hablar de forma insistente de la “bolivianización” de Jujuy, de la “invasión boliviana” y su papel en la crisis económica, institucional y sociocultural provincial, la “actualización jujeña” del nuevo régimen de visibilización étnica del que hablaba Alejandro Grimson (2006) para el período no hizo más que apoyarse en formaciones muy profundas en la sociedad provincial.

El aporte boliviano ha sido así uno de los componentes centrales en el crecimiento de la población jujeña a través del tiempo y en la gran extensión social de antecedentes bolivianos en gran parte de la población. Es muy común escuchar en Jujuy la afirmación “todos tenemos un abuelo boliviano”. Según las circunstancias también podrá decirse –y quizás con más propiedad– que “todos tenemos una abuela o un abuelo que viene del norte” (es decir, de las tierras altas) o del Ramal (los departamentos subtropicales del oriente). Estas afirmaciones no tienen un significado unívoco, si consideramos que términos como colla, chaguanco, indio y sobre todo boliviano pueden usarse como insultos en Jujuy, aun entre los sectores subalternos. La referencia a los orígenes socioterritoriales de la población incluye la desvalorización social de estos linajes, y su reconocimiento es menos conflictivo a nivel colectivo que en relación con la propia trayectoria social individual y familiar. En este contexto se comprenden las prácticas de reacomodamiento o estigmatización de ciertas trayectorias cuya exposición se considera como un obstáculo a la movilidad social lograda o pretendida. La pregnancia contemporánea de los linajes de origen se expresa de un modo privilegiado en la configuración sintética de la apariencia, en la que los rasgos fenotípicos son un componente más junto con la indumentaria y la praxis corporal y gestual. Así, expresiones como “tener la madre de pollera escondida en la cocina” o “sacarse la ushuta y calzarse el zapato” hablan de clase y etnicidad cuando refieren emblemáticamente al ocultamiento del origen boliviano o colla (Karasik 2010a).

Trayectorias arquetípicas y procesos de reconocimiento y formación de clase

Las formaciones de clase y etnicidad en Jujuy reconocen así la lógica sociohistórica de los procesos de incorporación, la separación de los sitios de producción y reproducción de los pobladores (que en el caso de los migrantes extranjeros ponen en funcionamiento mecanismos de orden político y jurídico específicos) y la sistematización de los trayectos socio-laborales, como formas complejas en las

que se pone en juego la asociación entre cuerpo y lugar. El grado en que algunos cuerpos se presentan como mera naturaleza y en particular en estos casos como mero soporte de la fuerza de trabajo hace más evidente el carácter sociohistórico de las prácticas, formas y representaciones corporales.

La compleja estructuración del espacio sociogeográfico es uno de los soportes de la asociación cuerpo-lugar, que puede racializar las poblaciones, los movimientos migratorios y la formación de clases sociales. Las inserciones diferenciales según origen de la mano de obra muestran un momento de un largo proceso que liga, en una estructura social y geográficamente heterogénea, lugares de arraigo, poblaciones y caminos de mano de obra. Los desplazamientos sociales y geográficos de individuos y grupos localizados a través del tiempo permiten una aproximación a ese proceso, cuyo conocimiento incluye pero no se agota en la experiencia del migrante individual (cfr. Gaudemar 1981).

El término “trayectoria” ha sido bastante utilizado para la identificación y análisis de procesos vitales y sociales, con una dimensión temporal y en algunos casos también espacial, como es el caso en las migraciones, aunque demasiado frecuentemente se ha priorizado más a los individuos que a los procesos y grupos sociales. La riqueza de la noción de trayectorias colectivas reside en que permite identificar los trayectos geográficos y los cambios de condición social concretos, permitiendo reconocer también fenómenos de convergencia social y cultural de poblaciones específicas.

Así, identificamos trayectorias “arquetípicas” de amplios sectores del campesinado y jornaleros de las tierras altas de Jujuy en relación al trabajo en los ingenios azucareros del valle del Río San Francisco hasta avanzada la década del cuarenta, a las que se sumaron muchos campesinos de Potosí y Tarija e indígenas del área chaqueña después de la Guerra del Chaco y hasta entrada la década del sesenta; en ese período, la gran minería de la Puna y el norte de la Quebrada representó para ambos conjuntos una alternativa de menor peso global, pero central para algunas localidades. Estas trayectorias expresaron durante décadas la forma predominante que asumió el proceso de descampenización del extremo norte jujeño y una de las principales en los departamentos bolivianos mencionados. Aunque con cambios en la década del cuarenta, hasta alrededor de 1960 los recorridos colectivos de la población jujeña en estas fases de la descomposición campesina y la proletarización aparecen más acotados y sistematizados. Una parte de los migrantes bolivianos también se dirigió hacia esas actividades y localizaciones, sumándose globalmente al movimiento de los migrantes internos de Jujuy, que acompañaron en parte en sus desplazamientos extraprovinciales, tal como relevamos en nuestras investigaciones.

Las nuevas condiciones de la industrialización y ampliación de espacios salariales y económicos en la provincia y el país a través del tiempo intensificaron la emigración desde ciertas regiones y ampliaron los destinos e inserciones, sin que haya desaparecido el carácter colectivo de algunos trayectos geográficos y sociales. Hacia los ingenios del Ramal sí, pero cada vez más también hacia las plantaciones de tabaco de El Carmen en Jujuy o Güemes en Salta o la vid y la horticultura en Mendoza, hacia las fábricas y talleres del polo de Altos Hornos Zapla en Palpalá, hacia la gran minería en la Puna y el norte de la Quebrada de Humahuaca o de Santa Cruz, hacia San Salvador, a otras provincias o a Buenos Aires, para trabajar en la agricultura, la construcción, la industria o actividades de servicios (Karasik y Benencia 2000).

Con obvias diferencias hasta ingresar en la Argentina, hasta la década del ochenta podían observarse notables convergencias de las corrientes mayoritarias de migrantes bolivianos con una parte de los nativos. En adelante se ampliaron las diferencias globales con los nativos y las convergencias se complejizaron, dentro y fuera de Jujuy. En el caso de la agricultura, por ejemplo, la PEA jujeña sigue concurriendo al trabajo agrícola tal como la boliviana, aunque desde entonces se han ampliado las trayectorias divergentes. Un cuarto de la PEA agropecuaria nacida en esta provincia fue censada fuera de ella en 2001, sobre todo en Mendoza, Salta y en menor medida Buenos Aires. Fuera de Jujuy y la vecina Salta, Mendoza se fue convirtiendo desde mediados del siglo XX en un ámbito importante de asentamiento tanto para jujeños como para bolivianos, donde se observan procesos de convergencia laboral, residencial y social. Éste es uno de los distritos en los que bolivianos y jujeños están más concentrados en la agricultura: el 58% de la PEA boliviana y el 49% de la jujeña, en este caso con una pauta de concentración que se acerca mucho más a los primeros que al resto de los argentinos. En otros destinos pueden identificarse pautas divergentes de inserción en la agricultura entre ambos grupos, con el desarrollo de trayectorias de capitalización como las estudiadas inicialmente por Roberto Benencia para los cinturones hortícolas de diversas regiones argentinas, y que desde mediados de la década del noventa se verifican en algunas zonas hortícolas de Jujuy.

Las mujeres bolivianas en el país trabajan especialmente en el servicio doméstico, el comercio, la industria y la agricultura en ese orden; con la excepción del servicio doméstico, tienen en esas ramas mucha más representación proporcional que las argentinas y las extranjeras de cualquier origen. Dentro de la provincia de Jujuy, las tres principales actividades de las mujeres bolivianas son el pequeño comercio, el servicio doméstico y la agricultura, con más concentración que en el resto del país en el comercio y sobre todo la agricultura. El trabajo doméstico remunerado en hogares particulares es la principal actividad de las jujeñas fuera de su provincia y una importante, pero no prevaeciente, dentro de ella. Pero el reclutamiento para esta actividad es segmentado y continúa siendo alimentado predominantemente

por bolivianas y norteñas de las tierras altas o jóvenes descendientes de familias de ese origen. El proceso se distancia así de las tendencias en muchas ciudades latinoamericanas al predominio de jóvenes migrantes recientes y a la disminución de su peso entre las migrantes más antiguas y las residentes (Jelin 1976: 8).

Numerosos estudios han identificado pautas características de movilidad e inserción de población del interior provincial en el trabajo estacional en la agricultura y el servicio doméstico, así como en el pequeño comercio y la construcción (Reboratti 1986, Karasik 2010a, Bergesio 2009). Aunque los circuitos laborales se han complejizado junto con la crisis del campo y los cambios en la estructura económica provincial, aún es notable la reproducción transgeneracional de posiciones sociolaborales, especialmente en la inserción en la agricultura y el servicio doméstico, que refuerza su apariencia de mercados de trabajo étnicamente tipificados.

Muchos relatos de migrantes jujeños y bolivianos resultan no sólo estructural sino históricamente semejantes: cuándo y cómo salieron del pueblo por primera vez, qué trabajo hacían, dónde y bajo qué condiciones se realizaba, qué otros grupos trabajaban allí, cómo vivían, con quiénes trabajaban y convivían. Para determinados grupos, en ciertas localizaciones geográficas y períodos históricos, se observan “camino de mano de obra” que delinean trayectorias colectivas, cambios y desplazamientos que son tanto sociales como geográficos. En este contexto se puede identificar lo que Bourdieu llamaría “trayectorias modales”. El autor desarrolló esta noción para señalar las regularidades en el desplazamiento de individuos de diferentes grupos sociales en el espacio social, desde ciertas posiciones hacia otras, a través de un haz de trayectorias más o menos equiparables hacia posiciones sociales más o menos equivalentes. Aunque en otros aspectos nos distanciamos de su abordaje, recuperamos sus reflexiones sobre el efecto de trayectoria como el que permitiría el reconocimiento de orígenes sociales o geográficos comunes y de los “sutiles indicios” que exponen el efecto de condiciones de existencia anteriores, así como la identificación, dentro y fuera del grupo, de los “advenedizos”.

El carácter colectivo de las trayectorias no sólo implica convergencias en trayectos y situaciones laborales y sociales de poblaciones con tradiciones específicas, sino formas de unificación de la experiencia de poblaciones puestas en movimiento por condiciones de descampesinización y/o pauperización. En otras investigaciones hemos explorado el papel de estas experiencias unificadoras en los procesos de formación de clase y etnicidad, en una perspectiva de aproximación a la clase como relación y como proceso (cfr. Thompson [1978] 1984, [1978] 1983, Woods 1983). Pero en la antropología y otras ciencias sociales se ha vuelto demasiado frecuente desestimar las consideraciones sobre relaciones y situaciones de clase en los procesos étnicos por ser sospechadas de “reduccionismo economicista”. Sin

embargo, esa sospecha, en realidad, oscurece la comprensión de la estigmatización de poblaciones, que en cambio se enriquece al considerar su estructuración sobre procesos sociohistóricos de incorporación diferencial al Estado y al mercado, que están tramados sobre campos sociales articulados por la clase (Wolf 2001). Grimson observó, en efecto, el grado en que las corrientes principales de la antropología han desplazado la noción de clase de las investigaciones “tanto en sentido estructural como cultural e identificadorio” (Grimson 2009: 241). Para Claudia Fonseca (2005) esta tendencia de gran parte de la antropología a negar la clase como dimensión estructurante de la vida social expresa un tipo de paranoia que sólo ve a las condiciones objetivas de vida como trasfondo de la vida real de las personas y grupos.

Pensar en formaciones de clase no supone necesariamente un conglomerado social, ni “una identidad”, tampoco una conciencia de clase madura; permite examinar situaciones comunes de clase y experiencias unificadoras en torno a las determinaciones objetivas y al campo articulado por ella. La restitución de las dimensiones estructurantes de la vida social y su abordaje multidimensional e histórico permiten comprender las sedimentaciones de experiencias y sentidos en relación con desarraigo y el trabajo en las que se ligan ciertas condiciones (rural, campesina, indígena, desposeída, extranjera) con nociones de ancestralidad que se han ido poniendo en juego en diferentes momentos. El carácter colectivo de las trayectorias de inserción e incluso de movilidad social según origen, explica el potencial metonímico en Jujuy de términos como zafrero, minero, vendedora callejera o empleada doméstica, o también de transportista o mayorista de verdura, que evocan el extremo norte colla y el occidente boliviano (Karasik 2011a). Trayectorias y experiencias constituyen una de las bases de los procesos de reconocimiento de clase, que ligan origen, camino y posición social junto con nociones de nacionalidad, cultura y derechos.

Cuerpos (de) trabajadores

Dadas las pautas históricas de poblamiento, mestizaje y formas de vida de los lugares de origen característicos, la constitución de trayectorias colectivas geográficamente acotadas en Jujuy ha venido poniendo en juego la convergencia laboral y social de pobladores con ciertos perfiles somáticos no-blancos (de origen colla, guaraní, de la zona andina y chaqueña de Bolivia, y criollos). Esas corporeidades están atravesadas por lo que Cecilia Salazar caracterizó como “los formatos sobrepuestos del colonialismo y el capitalismo” y ancladas en los procesos de formación de clase y etnicidad. En sus investigaciones sobre el tema en ciudades de Bolivia, Salazar menciona la “persistente calidad manual de la mayoría de los cuerpos emigrantes en la urbe, es decir su absorción en actividades de la construcción, artesanal o comercial en las que el manipuleo es la fuente

de la energía laboral” (Salazar de la Torre 2009: 102, 110). La absorción de los migrantes y trabajadores de ciertas ancestralidades no-blancas en actividades como la agricultura, la construcción, el pequeño comercio o el servicio doméstico reproduce tanto la segmentación laboral como su naturalización, y así una forma exacerbada de la alienación capitalista del trabajo (cfr. Kearney 1986, Pedreño Cánovas 2012).

Es innecesario extenderse sobre la evidente ligazón entre migraciones y desigualdades regionales y nacionales o sobre el carácter político que pueden asumir las representaciones y discursos sobre la población. Entre otras cosas, el término “cabecita negra” hablaba de la presencia fuera de lugar del “mestizo” y de “todas las sangres negadas” en el corazón mismo de la Buenos Aires de las clases medias y altas europeizadas. Ratier observaba el sesgo racial del mote clasista y antiperonista, que unificaba migrantes internos y población provinciana. Como sintetizó Rosana Guber, la expresión “cabecita negra” se popularizó “por arraigar en una confrontación típicamente argentina que retraduce en clase y raza lo que nacionalistas de variado signo calificaban de ‘colonialismo interno’, a través de la oposición entre la blanca ciudad-puerto y las morenas provincias” (Guber 2002: 365). La persistencia de este “sesgo racial” que se impone sobre los pobres de linaje no europeo ha llevado a algunos autores a hablar de “racialización de las relaciones de clase” en la Argentina junto con la simultánea negación de la segregación (Margulis 1998). Sin embargo, antes que hablar de “raza” –por la carga histórica y conceptual que porta la noción– parece más apropiado articular la corporalidad en términos de formaciones más complejas de clase y etnicidad. Cuando en Jujuy alguien usa el color de la piel para sugerir mejores o peores posiciones sociales –como cuando alguien manifiesta orgullo por ejemplo por tener una hija “más blancona”– se apoya en el borramiento de “la memoria del hecho social que dio lugar a esta etnificación de las diferencias sociales y los enclasmientos” (García Linera [2004] 2009: 285).

Aunque en Jujuy sea más común tener un abuelo boliviano, puneño o guaraní que uno español o italiano, las corporalidades hegemónicas en la provincia son las que sugieren antepasados europeos, y sobre todo las que no muestran huellas de antepasados no-blancos, como lo manifiesta ese gran ritual público de desvalorización de la estética andina que es la Fiesta Nacional de los Estudiantes en Jujuy, con sus reinas siempre blanconas y de ojos azules (cfr. Belli y Slavutsky 1994, Ficosco 2007). En las corporalidades no hegemónicas se encuentran trazas del origen colla, guaraní, andino o chaqueño boliviano, criollo de diversas provincias y de todos los mestizajes que han constituido a las mayorías campesinas y trabajadoras de la región. De hecho, éstas son las más características de las clases subalternas y las dominantes de la población de Jujuy, pero siendo dominantes no son las legítimas.

En una sociedad atravesada históricamente por rasgos de colonialidad como la jujeña, la corporalidad es también un lugar de expresión y registro de la diferencia, de inscripción, exposición u ocultamiento de diferencias socio-étnicas, historias familiares e identidades sociales. Tiene una larga historia la institución de relatos e imágenes hegemónicas que atribuyen fealdad, primitivismo y falta de gracia a la corporalidad de los pobres de tradición no-europea en Jujuy. Pero la institución e incorporación de corporalidades legítimas (e ilegítimas) no se agota en las representaciones, los discursos o las imágenes, sino –como diría Bourdieu– “en los involucramientos concretos de los que el cuerpo es el objeto y el sujeto” (Martínez 2007: 224), que se enmarcan en formaciones sociohistóricas de corporalidad. Éstas remiten a las sedimentaciones de las experiencias de incorporación al trabajo y al Estado, de disciplinamiento del movimiento, la apariencia y el habla en el trabajo y la vida cotidiana, de la mirada dominante en las que se ponen en juego las huellas de las trayectorias y las marcas y prácticas corporales (Karasik 2010a).

El desempeño del trabajo doméstico remunerado en locaciones también domésticas y el entramado de género y etnicidad que atraviesa la relación de trabajo (Courtis Pacecca 2010, Goldsmith 2007) ha implicado dispositivos específicos de disciplinamiento, en particular sobre el cuerpo de las mujeres subalternas. En el primer caso, cabe señalar la frecuencia de la incorporación de mujeres muy jóvenes o niñas al trabajo doméstico “cama adentro”, en la que los componentes serviles se han articulado sobre la extrema pobreza de las familias de origen y/o las relaciones de dependencia y dominio que las ligaban con las “patronas”, los “doctores”, el “administrador de la finca” en sus casas urbanas en las capitales de Jujuy y Salta. Muchos relatos de mujeres nortenas y bolivianas cuentan cómo su incorporación al trabajo doméstico tuvo lugar cuando siendo niñas o jóvenes fueron entregadas a “una maestra”, la “esposa del dueño de la finca”, a “unos doctores” para que “las vista” y “las haga estudiar” en la ciudad. Los testimonios mencionan con bastante frecuencia los altos niveles de explotación laboral y muchas veces relaciones de violencia física y simbólica, y en ocasiones, también abuso sexual. Trabajo duro y cuerpo objetualizado, junto con el control de la circulación dentro y fuera de la casa, normas de “higiene” y arreglo personal forman parte de un linaje de prácticas sobre la corporalidad de las mujeres subalternas en las relaciones de “servicio” que se constituyen en un engranaje de los dispositivos de desigualdad étnica y social (Rivera Cusicanqui 2008: 7). Su relativa “normalidad” en estas tierras hasta tiempos recientes habla por sí misma. Sin que hayan desaparecido, en la actualidad son prácticas residuales y resistidas por estas trabajadoras en Jujuy, pero forman parte de las memorias colectivas de las mujeres collas y bolivianas, especialmente por la reproducción transgeneracional de estas posiciones (cfr. Karasik 2011b).

Federico Fernández exploró en esta línea la noción nativa de “cuerpos duros” aplicada al cuerpo de los nortenos. Esta noción marca los cuerpos de los

campesinos y los migrantes como cuerpos formados por y para el trabajo corporal, con notoria soportabilidad para el trabajo duro. Para Fernández esta “formación sociohistórica de corporalidad” se arraiga en los procesos de trabajo y el consecuente disciplinamiento corporal, en su caso de hombres de Valle Grande, a lo largo de una vida laboral en los ingenios del norte (Fernández 2011: 270 y ss.).

Por eso los migrantes de Valle Grande, dice Fernández, saben que “venir del norte” puede ayudarlos a conseguir ciertos trabajos que suponen gran exposición corporal, leída por los reclutadores de peones a través de los indicios del lugar de origen, los rasgos fenotípicos y los movimientos corporales (Fernández 2011: 282). Debido a esto, y porque son menos exigentes con las condiciones de trabajo, en la fruticultura del Alto Valle del Río Negro los trabajadores “del norte” (como llaman allí a los del noroeste argentino) prácticamente han reemplazado a los chilenos (Trpin 2008). Son éstas las razones por las que todavía se ven en diarios y carteles en Jujuy avisos que piden “chica del norte” para trabajos domésticos y no resulta escandaloso. O, allí y en todas partes de la Argentina, se afirma abiertamente la preferencia por los trabajadores bolivianos porque son “más duros y más trabajadores”.

En la estructuración de clase y etnicidad regional la estética hegemónica se estructura en torno a la mayor legitimidad de la blancura y en ese marco en Jujuy todos saben qué tipo de chica puede ser Reina de los Estudiantes y quiénes se consideran “lindas” o “feas”. Pero eso no significa que sean esos los únicos patrones que definen las reglas de la atracción erótica y la elección de pareja, especialmente entre los sectores subalternos. Es posible pensar –parafraseando a Garriga Zucal (2005)– en corporalidades alternativas, que sin ser hegemónicas tienen dominancia en determinados contextos y sectores sociales. De hecho, en los bailes populares –lugares de encuentro social y erótico por excelencia– la danza y el encuentro corporal puede ser uno de los vehículos de afirmación de estas corporalidades no hegemónicas, y que podrían resultar prácticas contraexpropiatorias. Son esas corporalidades las que se afirman entre los campesinos de Jujuy, los trabajadores agrícolas e industriales, las vendedoras callejeras, los trabajadores de la construcción, los desocupados, y en general, los miembros de las organizaciones sociales en los territorios, las rutas y las calles de Jujuy.

Reflexiones finales

Abordar las posiciones en el mercado de trabajo en términos de trayectorias diferenciales según origen cobra sentido a la luz de nuestro conocimiento de los procesos históricos de formación de las clases trabajadoras en Jujuy y de la

continuidad de ciertos territorios como proveedores de trabajadores. También permite considerar la confluencia de los contingentes mayoritarios de la inmigración boliviana con amplios sectores de población nativa, que inscribe objetivamente a los bolivianos y sus descendientes entre los sectores subalternos de Jujuy no sólo por las posiciones en el campo de relaciones actuales, sino por la transformación de su condición en el marco de ciertas trayectorias.

Tal como fueron analizados, los desplazamientos colectivos desde ciertas localizaciones geográficas y sociales permiten considerar procesos de convergencia de poblaciones en determinadas trayectorias, así como formas de enclasmiento social características de la región que etnifican las diferencias de clase y consagran las diferencias culturales como pautas de diferenciación fundamentales. Esas trayectorias deben considerarse como parte integrante de los procesos de formación de las clases subalternas en Jujuy y constituyen una de las fuentes de reconocimiento colectivo, en tanto las relaciones y posiciones sociales actuales resultan puntos de llegada de trayectorias que comenzaron muchas veces en el marco de relaciones con el mundo campesino o minero, y en general, con el campo y con formas de vida social y cultural específicas, sea en la Argentina o en Bolivia.

La segmentación laboral y el conjunto de desplazamientos ligados a la pobreza en Jujuy se asocian con marcas ancladas en la corporeidad que articulan orígenes sociogeográficos y formas culturales, trayectorias y posiciones de clase. Segato hablaría de “signo racial” en relación a algunas de esas marcas, no en el sentido de raza usual, sino como indicio o “trazo de una historia en el sujeto, que le marca una posición y señala en él la herencia de una desposesión [...], la huella de su subordinación histórica” (Segato 2007: 23, 2010: 26).

La puesta en foco del trabajo rural y el servicio doméstico como actividades “características de migrantes” de Bolivia y del extremo norte permite una aproximación procesual a la relación entre migraciones, trabajo y corporalidad en los procesos de formación de clase y etnicidad en Jujuy. La reinscripción de las migraciones bolivianas en estos procesos permite también poner en cuestión las epistemologías de la extranjerización (Karasik 2011a) de las visiones dominantes locales y de algunos estudios académicos. La marcación unidimensional de los bolivianos como extranjeros distorsiona su presencia efectiva en la sociedad, al tiempo que extranjeriza a una población diferente a la metropolitana argentina, en este caso, la jujeña.

Referencias citadas

- Anderson, B. y J. Zinsser. [1988] 1991. *Historia de las mujeres. Una historia propia*, vol. 2, Barcelona: Crítica.
- Argentina, INDEC. 2011. Censo Nacional de Población y Vivienda 2010, 2 tomos, resultados definitivos, Serie B, n° 2 en <http://www.indec.gov.ar>
- _____. 2001. *Censo Nacional de Población y Vivienda 2001*. En: <http://www.indec.gov.ar>
- Belli, E. y R. Slavutsky. 1994. “Flores, reinas y carrozas. Reflexiones sobre la identidad en San Salvador de Jujuy”, en Karasik, G. (compil.), *Cultura e identidad en el noroeste argentino*. Buenos Aires: CEAL.
- Bendini, M., M. Radonich y N. Steimbregger. 2012. “Historia de la vulnerabilidad social de los ‘golondrinas’ en la cuenca frutícola del Río Negro”. En: M. Bendini *et al.* (coords.), *Trabajo rural y travesías migratorias*. pp. 69-95. Neuquén: Editorial Educo, Universidad Nacional del Comahue.
- Bendini, M. *et al.* (coords.). 2012. *Trabajo rural y travesías migratorias*. Neuquén: Educo, Universidad Nacional del Comahue.
- Bergesio, L. 2009. “*Ganarse la vida*”. *Trabajadores cuenta propia del sector familiar en la estructura económica de San Salvador de Jujuy*, Fundandes-UNJu, San Salvador de Jujuy.
- Bourdieu, P. [1979] 1988. *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus.
- Cerrutti, M. 2009. *Diagnóstico de las poblaciones de inmigrantes en la Argentina*. Serie de Documentos de la Dirección Nacional de Población, Ministerio del Interior/OIM, Buenos Aires.
- Corbacho, M. y R. Adet. 2002. *La historia contada por sus protagonistas. Salta, primeras décadas del siglo XX*. Salta: Maktur.
- Courtis, C. y M. Pacecca. 2010. Género y trayectoria migratoria: mujeres migrantes y trabajo doméstico en el Área Metropolitana de Buenos Aires. *Papeles de población*. 16 (63).
- Díaz, E. (coord.). 2010. *Informe: Situación del trabajo en casas particulares. Hacia el reconocimiento de los derechos laborales*. Buenos Aires: CEMyT.
- Fernández, F. 2011. “Entramados. El fútbol y las identidades sociales en los valles orientales de Jujuy”, Tesis de Doctorado inédita, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Tucumán, San Miguel de Tucumán.
- Ficoseco, V. 2007. “La construcción de la imagen de la mujer en la prensa gráfica de Jujuy durante Fiesta Nacional de los Estudiantes”, Tesis de Licenciatura inédita, Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Jujuy, San Salvador de Jujuy.
- Fonseca, C. 2005. La Clase y su recusación etnográfica. *Etnografías Contemporáneas*. 1 (1).
- García Linera, A. [2004] 2009. “Autonomía indígena y estado multinacional. Estado plurinacional y multicivilizatorio: una propuesta democrática

- y pluralista para la extinción de la exclusión de las naciones indias”. En: A. García Linera (Antología), *La potencia plebeya: acción colectiva e identidades indígenas, obreras y populares en Bolivia*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores y CLACSO.
- Garriga Zucal, J. 2005. Lomo de macho. Cuerpo, masculinidad y violencia de un grupo de simpatizantes del fútbol. *Cuadernos de Antropología Social*. (22).
- Gaudemar, J. 1981. *La movilización general*. Madrid: La Piqueta.
- Goldsmith, M. 2007. Disputando fronteras: la movilización de las trabajadoras del hogar en América Latina. *Amérique Latine Histoire et Mémoire. Les Cahiers ALHIM* (14).
- Grimson, A. 2006. “Nuevas xenofobias, nuevas políticas étnicas en la Argentina”. En: A. Grimson y E. Jelin, *Migraciones regionales hacia la Argentina. Diferencia, desigualdad y derechos*. Buenos Aires: Prometeo.
- Guber, R. 2002. “El ‘cabecita negra’ o las categorías de la investigación etnográfica en la Argentina”. En: S. Visacovsky y R. Guber (compils.), *Historia y estilos de trabajo de campo en la Argentina*, Buenos Aires: Antropofagia.
- Karasik, G. 2011a. “Sobre-etnización y epistemologías de la extranjerización. Reflexiones a partir del caso de Jujuy como contexto de migraciones bolivianas (tempranas) en la Argentina”. En: Pizarro, C. (ed.), *Migraciones internacionales contemporáneas. Estudios para el debate*. Buenos Aires: Red IAMIC-ANPCyT/CICCUS.
- _____. 2011b. “Trabajo estacional y servicio doméstico. Migraciones, trabajo y cuerpo en Jujuy”, ponencia presentada en las X Jornadas Regionales de Investigación en Humanidades y Ciencias Sociales, San Salvador de Jujuy.
- _____. 2010a. “Subalternidad y ancestralidad colla: transformaciones emblemáticas y nuevas articulaciones de lo indígena en Jujuy”. En: G. Gordillo, y S. Hirsch (comps.), *Movilizaciones indígenas e identidades en disputa en la Argentina*. Buenos Aires: FLACSO-La Crujía.
- _____. 2010b. “Marcas bolivianas y jujeñas en la cultura. Reflexiones sobre la presencia boliviana en Jujuy”. En: *Actas de la XXIV Reunión Anual de Etnografía*, La Paz: MUSEF.
- _____. 2005. “Etnicidad, cultura y clases sociales. Procesos de formación de la conciencia colectiva en Jujuy, 1970-2003”, Tesis de Doctorado inédita, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Tucumán, San Miguel de Tucumán.
- Karasik, G. y R. Benencia. 2000. Apuntes sobre la migración fronteriza: Trabajadores bolivianos en Jujuy. *Estudios Migratorios Latinoamericanos* (40-41).
- Kearney, M. 1986. From the Invisible Hand to Visible Feet: Anthropological Studies of Migration and Development. *Annual Review of Anthropology*. (15).
- Margulis, M. 1998. “La racialización de las relaciones de clase”. En: M. Margulis *et al.*, *La segregación negada. Cultura y discriminación social*, Buenos Aires: Biblos.

- Marshall, A. y D. Orlansky. 1982. La inmigración de fuerza de trabajo de países limítrofes en la Argentina. Heterogeneidad de tipos, composición y localización regional. *Migración y Desarrollo* (6).
- Meillassoux, C. [1975] 1984. *Mujeres, graneros y capitales*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social. 2005. *Situación laboral del servicio doméstico en la Argentina*. Buenos Aires: Subsecretaría de Programación Técnica y Estudios Laborales.
- Pedreño Cánovas, A. 2012. “Convergencias globales: apuntes para una sociología del trabajo de la nueva condición jornalera en las agriculturas intensivas”. En: Bendini, M., M. Radonich, N. Steimbregger y P. Tsakoumagkos (coords.), *Trabajo rural y travesías migratorias*. Neuquén: Educo, Universidad Nacional del Comahue.
- Quijano, A. 2000. Colonialidad del poder y clasificación social. *Journal of World-Systems Research*. 6 (2).
- Rau, V. 2012. *Cosechando yerba mate. Estructuras sociales de un mercado laboral agrario en Misiones*. Buenos Aires: CICCUS.
- Reboratti, C. 1986. “Migración y trabajo estacional en la Argentina”. En: Reboratti, C. (compil.), *Se fue a volver... Seminario sobre migraciones temporales en América Latina*. México: PISPAL-CIUDAD-CENEP- El Colegio de México.
- Rivera Cusicanqui, S. 2008. “Violencia e interculturalidad. Paradojas de la etnicidad en la Bolivia de hoy”. Mimeo, Carrera de Sociología, UMSA, La Paz.
- Sala, G. 2001. “Inserción laboral precaria de los migrantes limítrofes en Jujuy”. En: *V Congreso Nacional de Estudios del Trabajo*. Buenos Aires.
- _____. 2000. Mano de obra boliviana en el tabaco y la caña en Jujuy. *Estudios Migratorios Latinoamericanos*. CELMA. 15 (45).
- Salazar de la Torre, C. 2009. Ciudadanización y diferenciación social. Indígenas en Bolivia a través de las metáforas corporales de los andinos. *Cultura y representaciones sociales*. 3 (6).
- Scribano, A. 2008. Fantasmas y fantasías sociales. Notas para un homenaje a T. W. Adorno desde Argentina. *Intersticios: Revista Sociológica de Pensamiento Crítico*. 2 (2).
- Segato, R. 2010. Los cauces profundos de la raza latinoamericana: una relectura del mestizaje. *Crítica y Emancipación, Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales*. 2 (3): 11-45.
- _____. 2007. “Raza es signo”. En: R. Segato, *La Nación y sus otros. Raza, etnicidad y diversidad religiosa en tiempos de Políticas de la identidad*. Buenos Aires: Prometeo.
- Thompson, E. P. [1978]1984. *Miseria de la teoría*. Barcelona: Crítica.
- _____. [1978] 1984. “La sociedad inglesa del siglo XVIII: ¿Lucha de clases sin clases?”. En: E. P. Thompson, *Tradicón, revuelta y consciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial*. Barcelona: Crítica.

- Trpin, V. 2008. La jerarquización actual del mercado de trabajo frutícola: chilenos y 'norteños' en el Alto Valle de Río Negro. *Trabajo y sociedad. Indagaciones sobre el trabajo, la cultura y las prácticas políticas en sociedades segmentadas*. 11 (10).
- Velázquez, G. A. y S. Gómez Lende. 2004. Dinámica migratoria: coyuntura y estructura en la Argentina de fines del XX. *Amérique Latine Histoire et Mémoire. Les Cahiers ALHIM*. (9).
- Wallerstein, I. 1979. *El moderno sistema mundial. La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo en el siglo XVI*. Madrid: Siglo XXI.
- Wolf, E. 2001. "Incorporation and Identity in the Making of the Modern World". En E. Wolf, *Pathways of Power. Building an Anthropology of the Modern World*. Berkeley-Los Angeles: University of California Press.
- Woods, E. M. [1982] 1983. El concepto de clase en E. P. Thompson. *Cuadernos políticos*. (36).